

LIBRO 54



PORTADA

SENDA LEVEMENTE TORTUOSA

En el reseco suelo de La Mancha, repretado por el hielo y apenas humedecido por delgada capa de nieve, el espíritu juguetón y curioso de los chicos, hace su senda al andar. ¿Por qué no es derecha esta senda?. Nadie lo sabe, ni ellos mismos, pero algo hay en el piso, en sus piernas o en su ánimo que no es propiamente gana de jugar y les obliga a torcerse.

Puede que siempre les pase lo mismo, pero lo peor sería que siguieran ignorando la dificultad y la manera de corregirse. Y lo mejor que no rehuyeran el esfuerzo y se acostumbraran a coronar los repechos desde la infancia, ya que a nadie dejan de presentársele..



Foto: ARISTIDES QUIRALTE

Esta preciosa criatura que me acompaña es la chica de Arístides, la misma que se publicó en la contraportada primera del Libro 51, en los brazos de su abuela Ramona que tanto impresionó a los lectores.

El tiempo la favorece hermoseándole el cuerpo y alma conjuntamente.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Mayo, 1985

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo LIV

INDICE

Portada
Libro 54
Contraportada Primera
Senda levemente tortuosa
Contraportada Segunda
Remembranza
Página 1
Señales horarias
Página 2
El de los Previsores
Página 3
La Conferencia
La Mancha vista por Rafael
Mazuecos
Página 14
Carta abierta
Página 17
Una voz del gallinero
El vestíbulo
Página 18
Mocetes
Página 20
Perspectivas de la Plaza
Página 22
Trato hecho
Página 25
Lo bueno y bien hecho
Página 26
El eco de Alcázar
Página 27
Observaciones alcazareñas
Página 32
Similitud
Página 33
Y va de retro
Página 34
Colegio de San José
Página 35
El Colegio de la Botera
Página 37
El siglo XX
Página 39
Antiguos e Invariables usos
Página 40
El puente

Señales horarias

Por fin llegamos al libro 54 y con la esperanza de que salga el 55 este mismo año 1985, para terminar el quinquenio equilibrados aunque no sea muy airosamente.

Es mucha la materia y las fuerzas inversamente proporcionales, obligando a guardar los mayores equilibrios para ayuntarlos y seguir.

Lo que se consiga el tiempo lo dirá y el porvenir acreditará como deba la utilidad de la obra y el generoso sentimiento con que se ha realizado.

Por el momento sigamos o tratemos de continuar al menos, dentro de lo que la voluntad permita y Moisés autorice, por que esto no figuraba en las tablas de la ley de la imprenta y Moisés, de nuevas, puede hacer una cosa u otra y puede verlo o no verlo y tomarlo en consideración o no, vaya usted a saber y así serán los remates y el apoyo o el abandono del Faraón.

El de los Previsores

Qué gusto de publicar esta fotografía de Emiliete, primero y creo que único banquero alcázareño, los demás que han existido se han hecho en sus oficinas de preparación, pero Emiliete se hizo en la calle, en el trato directo con el suscriptor y su necesidad en la conveniencia de ayudarlo a resolver su problema presente y su probable bienestar futuro, dentro de la modestia pueblerina.

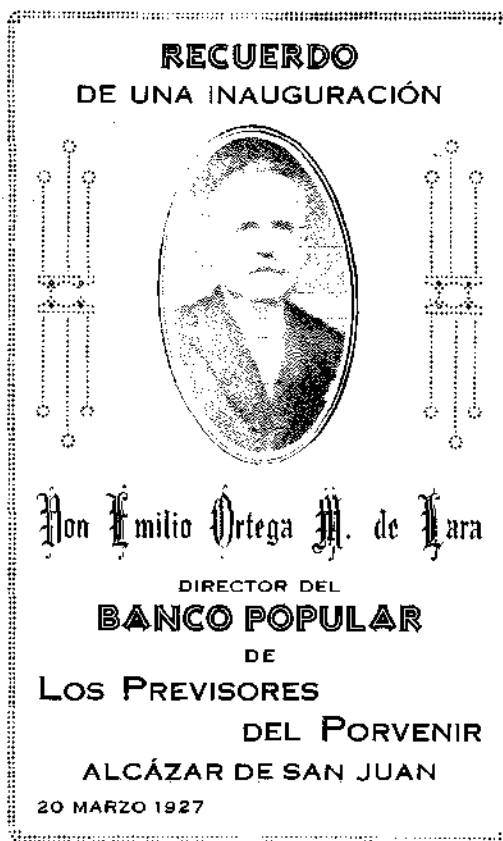
Todavía joven aunque ya viudo y recasado, acondroplásico, (corto de brazos y de piernas pero equilibrado de cuerpo), inquieto, muy movable y locuaz.

La derivación natural de Emiliete hubiera debido ser la de picapleitos, por herencia de su padre, y lo fue, y Notario Eclesiástico por sucesión de Benitillo Pérez, el suegro de Juan José Tapia el de la lonja, de la misma inquietud pero no tan menudo, que lo mismo ayudaban a un acto de culto, que lo escrituraban al uso sacristanesco más habitual.

La primera mujer de Emiliete fue una de las tres vistosas sobrinas de la Relojera, que no tuvo hijos, creo que la mayor por el interés que tuvo doña Isabel en que fuera Comadróna como ella, hasta que lo consiguió. Las otras dos sobrinas se casaron, una con Antonio Frasco y otra con Manuel Alberca y las tres murieron jóvenes dejando huérfanos a sus hijos.

Emiliete tomó a su cargo los Previsores del Porvenir al establecerse en Alcázar y los conservó toda su vida —el de los Previsores le decían— trabajando tenazmente hasta morir después de muchos años de ejercicio, pues era muy templado y pareciendo menos que ninguno de los tres cuñados, fue el más eficaz, contribuyendo como nadie dentro de su demarcación a la creación del Banco Popular de los Previsores del Porvenir.

Tan abnegado fue su servicio a esta entidad de ahorro que en los primeros años iba el mismo cobrando por las casas las cuotas mensuales y convenciendo a la gente para que se inscribieran, labor dura en una población pobre y desacostumbrada a estas previsiones pero cuyos resultados están bien a la vista y son ejemplo en Alcázar, aunque se le haya olvidado, de lo que puede una voluntad bien templada.



La Conferencia

Así hay que llamar, singularizándola, puesto que se pinta sola y es excepcional, a la pronunciada por nuestro ilustre paisano, poeta de altos vuelos, escritor y crítico de arte, don José Corredor Matheos con motivo de los homenajes celebrados por nuestro Ayuntamiento el pasado mes de Febrero de 1984.

Salvados los momentos, los actos y motivos con que se pronunció esta conferencia por nuestro ilustre paisano Corredor Matheos hace un año aproximadamente, nos quedan las consideraciones útiles para el conocimiento de esta obra y su posible valor histórico, más la orientación o fundamento que puedan encontrar en su lectura los estudiosos del futuro. Es una razón fundamental por la que no puede dejarse de incluir dicho trabajo en esta obra, aunque motivos involuntarios del autor y míos propios, nos hayan hecho caer en un destiempo que ninguno hubiéramos deseado ni favorece la atención de los lectores a cuya benevolencia nos acogemos con la mayor humildad y agradecimiento, sabiendo que este análisis de Pepe Corredor, tan alcazareño, es ya un buen puntal para el sostenimiento y difusión de esta obra entre los estudiosos del porvenir.

Rafael MAZUECOS

* * *

La Mancha, vista por Rafael Mazuecos

"El problema que tiene Alcázar y toda La Mancha es el de conocerse a sí mismo. De que se acierte a plantearlo e intente resolverlo dependerá su porvenir".

Este consejo verdaderamente socrático nos lo dio don Rafael Mazuecos, el doctor Mazuecos, en uno de sus cuadernos, publicado en mayo de 1955. Los mejores consejos son aquellos que nos damos a nosotros mismos, y éste es de esos. Y él ha hecho a lo largo de más de treinta años todo lo posible por contribuir a dicho conocimiento.

Treinta años, desde la publicación del primero de sus "Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca" titulados "Hombres, lugares y cosas de La Mancha". Estudio médico-topográfico...: esto y mucho más. Hombres, lugares y cosas: esto sí que engloba lo que enunciaba y se ha conseguido. Prosigue el autor en ese mismo año de 1955, cuando



JOSE CORREDOR MATHEOS

lleva ya cuatro de andadura: *"Cómo fueron nuestros antepasados, cómo somos nosotros, cómo es nuestra tierra, cuáles son las posibilidades todas. He aquí la cuestión, el punto de arranque"* (1).

He puesto a mi conferencia el título de "La Mancha vista por Rafael Mazuecos" porque me ha parecido que resumía mejor que cualquier otro el resultado de su obra. De la obra concreta de sus cuadernos, porque la personalidad de Rafael Mazuecos tiene otras vertientes, que difícilmente podemos, sin embargo, separar. Digamos que es, ante todo, médico. Un médico que ha levantado una organización, una clínica, de categoría. Y su labor en este sentido sería ya, por sí sola, digna de un homenaje. Creo que sus cuadernos son el resultado de cómo ha entendido él su actividad médica. Ha sabido escuchar: y, sin saber yo nada de medicina, estoy seguro que muchos enfermos, imaginarios o no, se curan o mejoran si se les escucha. El enfermo es un ser que es más vulnerable que los otros, que también lo son. Siente la soledad, o porque ve rondar la muerte o porque la dolencia le hace sentir más hondamente su ser humano: que es sentir un vacío dentro, la soledad que nace por el sólo hecho de ser. Un médico así tiene que saber curar mejor. Mantener firme una tradición, abierto a esas cosas importantes pero accesorias que son las técnicas y los métodos permite de pronto situarse en la vanguardia. El gran problema de la medicina actual, y de muchas ciencias, es su fragmentación, la superespecialización, que hace que se sepa muchísimo de algo muy concreto, pero ignorándolo casi todo de lo demás. A mí, esto, me parece peligrosísimo: no se puede conocer algo sin conocer, en buena medida, el todo. Es un problema estructural. Son demasiadas las interrelaciones. Esa medicina especializada se verá sustituida por los ordenadores. Y hará falta el médico que conozca el hombre de manera total —su cuerpo y su mente, tan inseparables—, para que interprete los datos y encuentre los significados.

Rafael Mazuecos ha sabido escuchar, y de ahí le ha venido una extraordinaria información, que constituye el núcleo inicial de sus cuadernos. Es preciso, además, que este hombre tuviera una enorme curiosidad, una sed, que se aprecia conociéndole un poco, de saber. Pero no solo un saber datos, cultura de libros, que la tiene, sino sabiduría en el sentido antiguo. Revisemos sus publicaciones, veamos como bullen en ellas multitud de personajes, con carácter de Comedia Humana, gentes con nombres y apellidos, y mote, enmarcados en un lugar que es La Mancha y, más concretamente, Alcázar. No se trata de estudios fríos, académicos: se opera con materia viva y esos personajes nos dejan ver cómo han sido o son: con sus debilidades, contempladas con tierna comprensión. No hay nunca mala intención. Hay humor e ironía, y hay mucho dolor reflejado, mucha fe, todo eso que se da en los hombres y mujeres, y que forma el vivir diario. Pero el autor no se venga de sus personajes, no vierte resentimiento, como es tan frecuente en toda clase de memorias e incluso en trabajos científicos. Mazuecos no escribe contra nadie. Escribe con un extremado, exquisito respeto. Deja que las gentes y las cosas sean como realmente son: es decir, como se han manifestado ante él.

Somos muchos los que creemos, como Antonio Moreno, que los estudio-

sos de la etnología y la antropología cultural *"recurrirán a esta obra como fuente inapreciable en el estudio"*. *"Entonces veremos —son también palabras de Moreno— cómo "Hombres, lugares y cosas de La Mancha", además de suscitar trabajos análogos, será punto de referencia obligado para publicaciones y tesis doctorales tendentes a un mejor conocimiento de nuestra tierra"* (2). Recordemos que los enfoques científicos —al igual que se advierte en medicina— se vuelve a lo concreto. Hemos estado demasiado tiempo trabajando en las nubes de la teoría, sin tocar sino raramente la tierra. Es preciso seguir el consejo del filósofo Wittgenstein: *"Volvamos al áspero suelo"*. Se desea ahora el estudio de la vida cotidiana, de lo que tenemos cerca: no limitarnos a la estadística y al trabajo bibliográfico. Y Mazuecos ha llevado a cabo un extraordinario trabajo de campo, en gran parte sin moverse de su consultorio. Ese ha sido su campo principal. No el único. Sabemos por sus cuadernos de sus andanzas: su riquísimo inventario de plazas mayores de ciudades y pueblos de La Mancha, sus excursiones para estudiar de cerca la alfarería de Mota del Cuervo o la Cueva de Montesinos, etc.

Esa comprensión y afecto que se advierte en sus cuadernos nos habla de un talante liberal. Es un representante yo creo que excepcional de la España ilustrada surgida tras el movimiento de la Institución de Libre Enseñanza. Lo vemos en esa liberalidad y apertura, e incluso en su maneras. También en cierta finura y elegancia intelectual. Ya sabemos cuáles son los males de España: la intolerancia, la envidia, la zancadilla. Machado decía que hay un español, que él creía muy abundante, que solo usaba la cabeza para embestir. La cabeza, y el corazón, tan caro también a Machado, los usa Mazuecos para que La Mancha y Alcázar se conozcan mejor a sí mismos. Y *"Hay una gran diferencia entre hablar de La Mancha conociendo La Mancha —escribió Azorín— y hablar apoyado en libros de un modo árido y libresco"*. Vale la pena recordar otras palabras de Azorín, el gran conocedor de Los pueblos, como se titulaba uno de sus libros: *"Ha hecho usted —escribe a Mazuecos— una obra muy digna de ser estudiada por sociólogos y etnólogos. Toda una ciudad, una gran ciudad —fijémonos en estas palabras del Pequeño Filósofo— vive, alienta y palpita en estas páginas. Al par que científica —concluye— es una obra finamente literaria"* (3).

Creo que el gran mérito de esta labor la ha descrito mejor que nadie, sin pretenderlo seguramente, como de paso, el propio doctor Mazuecos. *"... en fin de cuentas la consideración de la vida es su objeto"*.

No querría abrumar a este hombre extraordinario con elogios. Se que el mejor elogio para él ha sido el de unas personas muy sencillas, personajes de sus cuadernos, con el lenguaje de sus cuadernos. Cuenta, él mismo, que *"Había un grupo de moñigonas en el Arenal viendo el anterior cuaderno y escudriñando las fotografías. Al final —continúa—, una sentó la conclusión diciendo: y luego, que la lectura está mu bien. El, desde sus páginas, le contesta a esa persona, que acaso no habrá tenido noticia de ello. "¡Muchas gracias, hermana, muchas gracias! Tu opinión me enorgullece, porque mi mayor honor es ser uña y carne vuestra"* (4).

Las fotografías. Son elementos inseparables del texto. Nos dan el pulso vivo, los rostros, los gestos y ademanes, el ambiente. A los que hemos llegado a atisbar ese mundo que se ha perdido, o se está acabando de perder, nos produce una sensación indefinible, mezcla de gracia, de una gracia extraordinaria, y de simpatía. No sé qué reacción deben despertar entre los jóvenes: seguramente les parecerá un mundo aún más lejano. Ellos quizá se sienten más cerca del astronauta que da vueltas libremente por el espacio, fuera de la cápsula espacial. Pero es probable que sientan, en el fondo, lo mismo que nosotros: la fascinación que tiene el tiempo ido, que parece moverse —fijo como está— con el ritmo del cine rancio. Todas estas fotografías son de distinta procedencia: la mayor parte han sido prestadas por familias, hay también postales, otras son de Pitos, tantas cosas...

¡Qué maravilla si se hubiera podido conservar todo eso en un archivo. ¿Se han conservado, doctor Mazuecos?... ¿Estamos aún a tiempo? Antonio Moreno propone que *"sería buena ocasión este homenaje —se refería al recogido en el fascículo núm. 50— para iniciar en el Archivo Municipal la transcripción de libros y legajos, antes que las humedades y otros depredadores de Archivos y Bibliotecas desperdigen, para siempre, tanta noticia arrinconada"* (5). Pero a mí me preocupa también todo lo que conservan los particulares y que, un buen día, echan al fuego o a la basura. Sin maldad, sin suponer que puede tener algún valor. Todo cobra valor cuando pasa el tiempo. El tiempo, que es el peor de todos los depredadores, es también el generoso valorador de todas las cosas.

Desde que marché de Alcázar, de niño, he vuelto con frecuencia, de manera discontinua, y quizá por esto mismo he podido apreciar los cambios registrados en la ciudad. Alcázar ha estado siempre en mí, en la palabra de mi madre, en la compañía de los amigos, verdaderos hermanos algunos, que tengo aquí. Alcázar, para mí, es a la vez la de los cuadernos de Mazuecos, el Alcázar de antes, y el de ahora, el que he ido viendo evolucionar. Pero acaso esa distancia que tengo me permite apreciar hasta qué punto sigue siendo felizmente el mismo. En lo bueno. En cierto ritmo, que se mantiene, por debajo del ritmo diario, más ajetreado. Mediados los sesenta, Alcázar da un vuelco, va dejando de ser, hasta cierto punto, el que ha recogido el doctor Mazuecos. Pero el Alcázar aquél sigue vivo, como sigue viva la Edad Media, el siglo XVII, XVIII y ¡ay! el siglo XIX en la España actual. Hay grandes transformaciones en la superficie de las cosas, pero el hombre sigue siendo el mismo. Es como si, cuanto más cambiara, más siguiera siendo el mismo. Esto lo podemos apreciar mejor ahora, en los años ochenta, cuando la crisis económica y otras crisis han derrumbado unas ilusiones que eran excesivas e injustificadas. Y, por lo tanto, hay que conocer a fondo el Alcázar aquél. *"Cómo fueron nuestros antepasados —como escribe Mazuecos—, para saber cómo somos nosotros, cuáles son las posibilidades todas"*. Y esto es más posible, y urgente, ahora, en que es toda la comunidad, no sólo unos pocos, los que pueden intervenir en la vida colectiva.

Mazuecos nos sitúa en Alcázar hace años, a principios de siglo, supon-

go: *"Una carcajada de Benigno el Carbonero, dada en el Arenal, pesando una sera, se oía bien en la estación"*. Alcázar, no es que fuera pequeño, es que tenía la medida exacta. Todo era familiar: no sólo es que todos se conocieran, sino que convivían realmente. *"Incluso en verano, —leemos— estando la gente sentada en las puertas, no se oía una mosca y en cualquier época llevaban los vecinos desde la cama la cuenta y razón de todo lo que pasaba en la calle, con pelos y señales. El pregón mañanero que más persistía era aquel de "Seis manojos de cebollas un perro grande" (6)*. Y quien les habla recuerda algunas mañanas cuando, desde la cama, oía el pasar de los carros por la plazuela de la Aduana, los gritos de los vendedores después y el charlar de las vecinas. Todo era próximo e íntimo.

Los cuadernos de Mazuecos nos van dando, en sucesivas entregas, y de manera amena, divertida, y con rigor, una verdadera historia de Alcázar como síntesis de La Mancha. Nos recuerda que tuvo murallas, y nos ofrece, en un dibujo, cómo se supone que fueron. Recuerda que el torreón de Don Juan de Austria era una de las torres de esa muralla. Nos habla de lo que él llama El Pueblo Viejo, en torno al núcleo de Santa María, de lo que ocurría en tal o cual año ya lejano. En 1750, la calle de Santa María tenía ocho vecinos, de los cuales da los nombres y lindes de sus casas. Nos habla del panadero Abengózar, de José Meco el alfarero, del rico propietario Aguilera, cuyo nombre aparece entonces por todas partes. Vemos cómo el pueblo crece y se extiende, y nace la Cruz Verde.

Una de las cosas más hermosas es leer los nombres, viejos o nuevos, de las calles. Recordemos la belleza de los nombres. Rafael Alberti, y no ha sido el único poeta, ha hecho un poema sólo con la anumeración de nombres de pueblos. Calle de las Pilillas y las Santanillas, de la Torrecilla y el Altillo. Diminutivos que nos hablan del cariño con que las cosas se acariciaban. Y hay que ver en una de las fotografías la Plaza, donde ahora está el Ayuntamiento y que fue toda ella espacio para el mercado. *"Esta es la Plaza, la Plaza, /como esta Plaza no hay otra;/ donde tiran a la barra/ y juegan a la pelota"*. A mí me gusta ver en las fotografías, e imaginar, la calle de la Luna, el Boquete de la Niña. Calle de la Virgen es uno de los nombres de carácter religioso. Porque es indudable que la religión ha tenido un peso considerable en la vida de Alcázar y de toda La Mancha. Y Rafael Mazuecos lo recoge con fidelidad, como hecho que es, desapasionadamente, con imparcialidad. Pero no con el distanciamiento frío del historiador académico, sino sabiendo que se trata, *"a fin de cuentas —como él dice— de la consideración de la vida"*.

Leemos la pequeña gran historia, la que está detrás de la otra. La que se les escapa a muchos. La persona, vista, no como número estadístico, sino como ser humano. Pero unos seres humanos a los que les pasan cosas "puntuales", como se dice ahora abusivamente. "El día 10 de febrero del año 1850, abrió sus puertas el Casino Principal (...). Su primera junta directiva la formaron...". "El día 10 de abril de 1877, el rey don Alfonso XII firmó un Real Decreto concediendo a la Villa el título de Ciudad". "El día 6 de mayo de 1910 —vemos cuántos números 10 memorables—, se inauguró la traída de las

aguas potables". El día 10 de abril de 1907, se abrió La Equidad..." (7).

No he acertado a encontrar la fecha de inauguración de la Estación de Ferrocarril, y si fue un 10 o no. El Ferrocarril y la Estación son importantísimos, vitales, para la vida de Alcázar. "*¿Qué paso se dará en Alcázar, —se pregunta don Rafael— en el que no se tropiece con la Estación?*". Gracias al Ferrocarril —como aprendí desde muy pequeño— Alcázar ya no fue Alcázar, sino un segundo Madrid. Aquellos versos populares, probablemente anónimos, tienen el sabor y el color desvaído, tan atractivo, de las viejas fotografías que vemos en los cuadernos de Mazuecos. Pero, en cambio, fotografías del aspecto antiguo de la Estación, como él nos hace notar, cuesta mucho trabajo encontrarlas. Hay que saber guardar y conservar lo que merezca ser conservado. Es la codicia, la desidia, el egoísmo insolidario, precisamente, el que no sabe ser conservador...

El ferrocarril, nos recuerda el cronista—historiador, en sus "apuntes médico-topográficos", nos ha permitido mantener abierto el pueblo, convertido ya en ciudad. Estar en contacto con los políticos que pasaban. Así, la parada que hizo aquí la serenísima señora princesa de Asturias el 5 de abril de 1877 aceleró el otorgamiento del título de ciudad, que, debido al interés y diligencia de la alta dama, se produjo dentro del mismo año.

"*La vida de Alcázar* —leemos en el cuaderno de mayo de 1956— *ofrece tantos matices ferroviarios, atrayentes para el cronista, que no se acabaría nunca de puntualizar la recíproca influencia que han tenido entre sí la Estación y el pueblo*". Y nos recuerda, por ejemplo, la manera ferroviaria de dar la hora. Si te preguntaban decías: "las 21,45 o las 14,50". Y si te dabas cuenta aclarabas: "Nos vemos a las 20,30... a las ocho y media" (8).

¿Qué conclusiones saca el doctor Mazuecos, después de alcanzar tan gran conocimiento de Alcázar?: "*Alcázar —se contesta y nos contesta— (...) es especial y difícil de comprender. Nunca se está seguro de haber desentrañado el fondo de su alma*" (9). Y esto lo dice él, probablemente porque le conoce mucho y muy bien. Sólo un conocimiento, profundo de una persona te hace dudar de que la conozcas. Entonces es cuando ves lo hondo que es el pozo. Lo conocido se te hace desconocido, los perfiles se borran. Una de las mayores sorpresas de mi vida —dice el gran poeta César Vallejo en uno de sus poemas en prosa— fue cuando sorprendí a mi padre de perfil.

Pero Mazuecos se refiere también a la evolución de Alcázar como uno de los orígenes de esa dificultad de comprensión. "*Alcázar no es Alcázar. Sigue su evolución*". Y aquí es donde me voy a permitir disentir del maestro. Por que creo, modestamente, que Alcázar sigue siendo, en un nivel profundo, el mismo Alcázar, como es el mismo el río, según nos hace ver Heráclito, aunque el agua sea siempre distinta. Y disiento también, cariñosamente, si afirmo que el doctor Rafael Mazuecos ha sabido seguir y conocer como pocos, quizá como nadie, esa evolución de Alcázar, aunque él no sepa que lo sabe, que sí lo debe saber. Rafael Mazuecos es nuestra memoria viva, y sus cuadernos son el testimonio, lo que nos puede legar de un conocimiento muy hondo, que en parte debe ser intransmisible, porque está compuesto de sensación,

del recuerdo de olores, de la música que ponía Fulanito cuando decía ¡Eh! al cruzarse con Menganito en la calle, o del tono que empleaba Perenganita al lamentarse alegremente con el famoso ¡Qué pena!

El ha sabido captar el espíritu de Alcazar. ¿Y cuál es, éste, en esencia? *“Alcázar —nos dice— se distingue de casi todos los pueblos de alrededor por su espíritu independiente, por su inclinación a la bullanga de buen fondo, de comer y de beber y no meterse con nadie, con un pacifismo tan marcado como para perderse la cuenta de los años que pasaban sin producirse un delito de sangre. Y los que se daban —continúa—, como el de la tía Negrita misma, eran de gentes forasteras”* (10).

Alcazar tiene, lo dice un alcazareño que le contempla de lejos, que rumía su niñez constantemente, como hacemos todos, tiene, digo, personalidad. La manera de hablar, que sin duda, como nos hace notar Mazuecos, se va perdiendo. Tiene alicientes, notas diferenciadoras, cosas que le identifican: la estación, el barrio de Santa María y el torreón de Don Juan de Austria, los molinos, las tortas, tantas cosas. Y, sobre todo sus gentes, y el cómo son sus gentes. Y tiene también sus leyendas, hechas de verdades, hechos que sucedieron, y de verdades de otro tipo: cosas que merecieron suceder, que pudieron suceder, que da igual que hayan sucedido o no, porque han contribuido a formar su personalidad presente. Ahí está el alcalde Estrella, todos esos personajes que aparecen en los cuadernos, éstos sí, verdaderos por entero. Creo que, a pesar de las diferencias que pudieron existir en determinados momentos —y eran los forasteros, España entera, los que causaban el estropicio—, Alcázar es ciudad de gente de bien y de gente de paz. Mazuecos nos recuerda que, siendo tan importantes como eran aquí las elecciones, *“Cualquier día de las (...) más enconadas, se juntaban en el casino los de todos los partidos comentando los incidentes habidos y condenándolos o justificándolos de común acuerdo, cuando en el resto de España habían ocurrido miles de tropelías y creándose divisiones insalvables”* (11).

Y muestra de ello, paradigma, diría, es el propio Mazuecos. Hombre de bien y de paz. También él forma parte de la realidad, y, por qué no, en la medida de su importancia, de la leyenda de Alcázar. Si Mazuecos existe, con una vida ya muy larga, y por muchos años más, los que él quiera, es porque Alcázar ha sido capaz de “segregarlo”. Si es cierto, que lo es, que por sus obras los conoceremos, creo que tenemos que sentirnos muy orgullosos de Alcázar y de los alcazareños cuando entre ellos ha salido un hombre como él.

El espejo de sus cuadernos es fidedigno. Hay algunos que no han sabido verlo. En uno de los números vemos cómo el autor recoge ciertas quejas. *“Diferentes personas me han reprochado lo que puede ser Alcázar a través de estos libros y que quienes no lo conozcan lo conceptuarán como un país irreal porque no tiene más que cosas buenas. Lo piensan y me dicen que la gente pueblerina es precisamente todo lo contrario, arisca, resentida, agresiva”*. Y Mazuecos se defiende: *“yo hablo de Alcázar tal como lo veo, tal como lo aprecio y tal como lo siento y lo digo con toda franqueza y con natu-*

ralidad, sin desfigurar mi juicio ni sobre lo bueno ni sobre lo malo, sin recargarlo de tintas chillonas o exageradas, me dejo de llevar y si no sale otra cosa, será porque no la haya o por torpeza mía, no por propósito deliberado de enmascarar la realidad o batir palmas cuando no vengan a cuento que siempre suenan a falsedad" (12).

Y estos cuadernos no suenan a falsedad, sino a verdad. Cosas malas, habérselas, haylas siempre. Pero se engañan quienes atribuyen a la vida del pueblo, o de la ciudad de reducidas dimensiones, un carácter especialmente arisco, resentido, agresivo. Esto es justamente lo propio de los habitantes de la gran ciudad. La prisa, las incomodidades de la vida moderna en los grandes núcleos urbanos son las que confieren a sus habitantes todos esos rasgos. Aquí es donde se puede hablar —con perdón— de mala leche. La *"leche alcazareña no es mejor ni peor —nos dice Mazuecos— sino diferente"*. Y esa diferencia puede hallarse en la tolerancia que advierte Mazuecos y que quizá aquí no se aprecia por estar inmerso en ella.

"La vida de Alcázar —leemos más adelante— con esas condiciones es como un colchón de miraguano donde se duerme tan a gusto que nadie lo rechaza. Una zurrilla y una meriendilla no se perdonan por nada y son infinitos los rincencillos donde se "somallan" las raspas de bacalao con especial arte, pegadizo e inolvidable, que hace pasar el vino como la seda aunque sea carrasqueño" (13).

La vida de Alcázar discurre en los cuadernos, no como en una película, sino como en realidad sucedió. Si la vemos ahora de color bistre o ala de mosca, tiene así más encanto, y estas deficiencias de las imágenes ponen la distancia necesaria para que podamos comprender mejor ese pasado. Nos pone la perspectiva, el cristal. Y seguramente este recoger las cosas añejas de Mazuecos influirá en que muchos pesares y malas intenciones se disipen, como se disipan en el recuerdo. Queda la flor, viva, de lo que en verdad importa, y todo lo demás es aventado como la paja en la era.

Es especialmente interesante lo que recoge sobre medicina, y me ha llamado la atención, favorablemente, la que presta a los curanderos. Nombres algunos que me suenan mucho, como el de Coja la Cutimaña, que recomendaban a mi madre para que me librara del mal de ojo. "Amparadoras", dice don Rafael que las llamaban, *"porque amparaban lo que podían"*. *"La persona de más ascendiente y más desparpajo en el curanderismo local fue, indudablemente, la tía Antoñona"*. Y parece que la comprensión del médico don Rafael Mazuecos llegue hasta ellas (14).

Y por las páginas de los Cuadernos van apareciendo nombres de médicos que han hecho historia en el pueblo, como José Belmonte y Rafael Bonardell, que trataban en los años veinte y treinta. Y, como de paso, salen a relucir cosas preciosísimas. *"En una época de desnudismo como la presente —leemos—, chocará que se violentaran tanto antes por descubrirse —descubrirse, dice, públicamente, don Rafael—, incluso ante el médico. Entonces no era habitual, ni mucho menos, que el enfermo se desnudara para ser reconocido, ni aún estando en cama"*. Y en 1955 escribe: *"...todavía se oye a ciertas muje-*

res prolíficas que han tenido veinte hijos y no las ha visto nadie, ni aún la partera" (15).

A mí, el pensamiento y el comportamiento de este hombre —permítanme llamarle así, para valorarle mejor— me parece avanzado, joven. Otro ejemplo es cómo entiende la manera de morir la gente. Y la expone con ironía: *"Uno de los derechos no sé si mencionado o no en la Constitución —esto lo dice en 1982, cuando contábamos ya con ella— pero abolido de hecho por acuerdo tácito de la sociedad actual, deseado y sentido por todo el mundo como aspiración suprema, era el de morir tranquilamente en su cama" (16)*

Ultimamente, en algunos países europeos, sobre todo en Francia, se ha puesto de moda, por así decirlo, el tema de la muerte, sobre la que han aparecido libros muy importantes, como dos de Philippe Ariés y uno de Edgar Morin. La manera a que se refiere Mazuecos era la muerte tradicional, la que vemos ejemplificada en la muerte del conde en los Cuadernos de Malte, de Rilke. Todos estaban presentes: representantes de todas las generaciones, el sacerdote, los criados, cuando los había, amigos, y hasta los perros. Era un espectáculo, que nadie quería perderse, empezando por el difunto. Ahora esto se ha perdido, con la tecnificación. Pero, al igual que existe una protesta ecológica y una reacción que es más que política, que "contesta" la vida entera, las formas actuales de vida, existe una conciencia de que la muerte, para ser lo que podríamos llamar más humana, tendría que ser como nos dice Mazuecos. Y esto lo dicen ya algunos médicos, quizá menos de los que puedan pensarlo, para no perder los clientes ni en el último momento.

Por los cuadernos, como por las obras de nuestros clásicos, salen todos. Don Rafael es como un nuevo Diablo Cojuelo que fuera destapando los tejados de las casas y mostrándonos las escenas diversas que ve en ellas. Porque ha tenido el puesto de observación, próximo, entrañable, privilegiado, del médico amigo, de confianza, que además es capaz de saber escuchar, saber ver y saber recoger todas esas experiencias.

El problema del agua, antes de que trajeran el ferrocarril. El pregonero. La Feria, fiesta grande, como todavía lo es (no me perdía una, al filo de los sesenta, cuando estaba instalada en el Arenal). Las "quinterías". La afición taurina, y las corridas en la plaza. Los baños de Villafranca. Las bodegas. Y nos da antecedentes: *"La bodega, propiamente dicha, no existía en muchos sitios, sino que se aprovechaban los rincones de las casas para poner tinajas: dos o tres en el sótano o cueva, otras por el pasillo del corral si era ancho, alguna en el hueco de la escalera e incluso entre las cuadras" (17).*

La vida de los domingos: la "cansera" que daba ir arriba y abajo. Con *"tanta ilusión como se esperaban"...* terminaban por ser *"el día más cansado de la semana"*. Y no podían faltar los comerciantes y sus costumbres. Las buenas no vale la pena contarlas porque no son divertidas. Citaré, en cambio, la picardía que les llevaba a comprar todas las casas que quedaban libres en la Castelar, para que no les abricra establecimientos la competencia...

Salen todos: ricos y pobres, profesiones liberales, maestros, artesanos, labriegos, empleados, maquinistas y fogoneros de la estación... De este modo,

la crónica es fiel y completa. Se teje el contexto social entero, con sus desigualdades y todo lo que es común a unos y otros. Y todo esto sin forzados sociologismos. Con naturalidad, como diría él. El discurso es serio, pero alegre, porque hace hablar a los personajes, a Alcázar entero. Y salta la cosa ocurrente, la anécdota que reflejan la manera de ser y manifestarse la gente de Alcázar. *"La gente, cuando veía a alguien muy arropado le decían: Tienes más frío que Sabitas, que se lavaba la cara con el tapabocas puesto y el pito en la boca"*. Y con las anécdotas salen los apodos, tan graciosos casi siempre —porque para eso están—: *Matías el Mariscal, el Partero, el Pello, Tenaza, Tachuela, Tía Cocota, Pití...* (18).

Yo estoy seguro de que Estrella habría estado muy conforme con la distinción que se le hace al doctor don Rafael Mazuecos, y, a lo mejor, dado su talante llano y campechano, este acto lo estaría celebrando en medio de la plaza, porque, como cuenta Mazuecos, era hombre *"hecho a andar entre los puestos y de un cuarto en otro, hasta el punto que en el Ayuntamiento mismo ventilaba (...) asuntos en el portal o en la puerta de la calle"*. (19).

Es, la de Mazuecos una historia llena de sal, una sal fina. Llena de agudezas, de ingenio derrochado. Es la historia, lo digo con absoluto convencimiento, que muchas ciudades y muchas tierras querrían tener. En el futuro que muchos de ustedes conocerán, los cuadernos de Mazuecos serán pasados a ordenadores, y sabremos cuántas veces sale citada Manuela "La Cañera", cuánta la estación, El Arenal, o Tomelloso. Se harán vídeos con sus imágenes y, por supuesto, vendrán estudiosos de muy lejos a consultar los archivos donde se conserven los cuadernos. Hablo completamente en serio, como el caso merece.

Que estos cuadernos son, pues, preciosos, me parece que ha quedado suficientemente claro. Y, al fin y al cabo, todos estábamos convencidos de antemano, puesto que son razón importante para que hoy se le brinde al doctor Mazuecos este homenaje. Y no sólo puede estar orgulloso Alcázar, sino La Mancha, como escribió García Sabell, el fino y brillante escritor gallego.

"Alcázar, situado (...) cerca de dos cerros —como leemos en el famoso Diccionario de Madoz de mediados del pasado siglo— Se dió a poblar (...) por mandato del Gran Prior, don Ferrant Ruiz, a 362 pobladores, el año 1231". Desde entonces ha llovido mucho, o poco, si atendemos a las necesidades de nuestros campos. Y buena parte de todo eso que ha llovido, hacia abajo y hacia arriba, nos lo cuenta don Rafael Mazuecos en los que él llama modestamente "Apuntes". Y estos "Apuntes" constituyen una aportación fundamental para que La Mancha se conozca mejor, y para que los demás la conozcan mejor. No sé si se puede dar algún orden de trabajo más necesario y meritorio. Porque, recordémoslo, de ese conocerse bien depende el poder acertar a plantear y resolver mejor el porvenir. Y en ese porvenir, el doctor don Rafael Mazuecos tendrá un sitio de honor.

José CORREDOR MATHEOS

NOTAS

- (1) Hombres, lugares y cosas de La Mancha. "Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca". Publicaciones de la Fundación Mazuecos, Fascículo IV, Alcázar de San Juan, mayo de 1955.
- (2) Antonio Moreno: Con motivo del Fascículo 50. Publicación citada, Fascículo L, octubre de 1982.
- (3) Azorín: Carta a Rafael Mazuecos, del 23 de enero de 1963. Fascículo XIV.
- (4) Publicación citada, Fascículo VI, mayo de 1956.
- (5) Antonio Moreno: Artículo citado.
- (6) Publicación citada, Fascículo IV, mayo de 1955.
- (7) Publicación citada, Fascículo XLVIII, San José, 1981.
- (8) Publicación citada, Fascículo V, septiembre 1955.
- (9) Publicación citada, Fascículo XVIII, enero de 1967.
- (10) Publicación citada, Fascículo XLIII, Los Santos de 1978.
- (11) Publicación y Fascículo citados.
- (12) Publicación y Fascículo citados.
- (13) Publicación y Fascículo citados.
- (14) Publicación citada, Fascículo V, septiembre de 1955.
- (15) Publicación y Fascículo citados.
- (16) Publicación citada, Fascículo L, octubre de 1982.
- (17) Publicación citada, Fascículo III, noviembre de 1954.
- (18) Publicación citada, Fascículo XIII, mayo de 1963.
- (19) Publicación citada, Fascículo XXXVII, septiembre de 1974.

Acerca de "LA MANCHA VISTA POR EL DOCTOR MAZUECOS"

(Conferencia de don José Corredor Matheos -15 Febrero 1984)

CARTA ABIERTA

Yo no pude asistir al homenaje a don Rafael Mazuecos, debido a que, la primera noticia que de ello tuve la recibí el mismo día y poco menos que a la hora en que debía empezar la conferencia. Leí ésta días después gracias a la gentileza de nuestro alcalde, y la releo ahora cuando va a publicarse en el número 54 de "Hombres, lugares y cosas de La Mancha".

Pienso que para algunos lectores, quizá también para nosotros, sea conveniente decir ahora algo del espíritu y el contenido de la obra de don Rafael: en los fascículos se dan cita los nombres de más de dos mil seres humanos. Si, por ejemplo, los ordenáramos por estamentos, nos asombraría constatar que faltan muy pocas, si es que faltan, de las personas de toda condición que en los últimos cien años han significado algo en la vida de nuestro pueblo.

Hay que decir a grandes rasgos que en la obra de don Rafael Mazuecos, comparece vivo el tejido social del pueblo. El Ayuntamiento, la justicia, la milicia, la iglesia, los partidos políticos. Las profesiones mayores. Los maestros, los empleados, los oficios de plaza y camino. Las imprentas. La industria del vino y sus hombres. Los quehaceres del queso, la molinería, el horno, la chocolatería, la pellejería. Los albañiles y los yeseros, los pintores, los artistas. Los artesanos del hierro, de la madera, del cuero. El comercio sedentario y el ambulante. La estación, que impregna un siglo de vida alcazareña. Los forasteros que fueron llegando y aquí echaron sus raíces. La tierra fundamental y nutricia, y sus personajes imperecederos. Campos, molinos, huertas, ganados, quinterías, las faenas agrícolas, el pastoreo, los aperos y herramientas, el clima, las estaciones. No faltan el acontecer político, la banda de música, el teatro, el cine, los casinos, los bares, las tabernas famosas y las más humildes; o esas instituciones genuinas como los grupos de teatro y otras asociaciones culturales, las rondallas, los periódicos con sus tertulias y redacciones, las hermandades de las diferentes advocaciones. Y ¿cómo podría olvidarse don Rafael de nuestros pobres, los pobres de pedir, los pobres eternos que nunca hallan remedio a su pobreza y a su marginación?. Se ven las calles y plazas silenciosas y las de más trajín, el pueblo de las ferias y de los carnavales y las fiestas señaladas del ritual, que sabe divertirse y lo hace en paz y a conciencia.

Sin humor, según demostrara Cervantes en su más alta creación, hay pocas obras que se tengan de pie; surcan los fascículos el decir jocosos, los dichos festivos, los sucedidos, las sentencias y los refranes con su carga de humor y gracejo y filosofía populares. El relato, la descripción, la biografía y el

ensayo componen una obra singular de cuya cohesión no cabe ninguna duda. Existe tanta vida en los fascículos que hay para asombrarse cuando un nuevo libro de la serie consigue añadir un poco más a ese vasto mundo latiente. Se comprende así que resumir con fortuna en una charla de una hora las impresiones acerca de "Hombres, lugares y cosas de La Mancha", que se acerca o supera las tres mil páginas, es trabajo harto difícil. ¿Lo ha conseguido José Corredor Matheos, escritor y crítico de subido mérito? Yo recomiendo, sobre todo, que se lea atentamente su conferencia.

Cuando se han pasado las primeras páginas lo primero que se intuye es que el escritor ha navegado, meditado y recordado no poco en las aguas espejantes y sugeridoras de los fascículos. Entrecomillo y comento algunos pasajes de su discurso:

"Estudio médico-topográfico. Esto y mucho más". (Piensa que no se puede separar el médico del escritor).

"Mazuecos no escribe contra nadie. Escribe con un extremado, exquisito respeto".

"Esa comprensión y afecto que se advierte en sus cuadernos nos habla de su talante liberal". (Liberal en el más puro sentido, liberal por todos sus costados).

"Es un representante, yo creo que excepcional, de la España ilustrada surgida tras el movimiento de la "Institución de libre enseñanza". Lo vemos en esa liberalidad y apertura, e incluso en cierta finura y elegancia intelectual".

"Ya sabemos cuáles son los males de España: la intolerancia, la envidia, la zancadilla. Machado decía que hay un español que él creía muy abundante, que sólo usaba la cabeza para embestir".

(Recordemos las reflexiones de Juan de Mairena: en España no se dialoga porque nadie pregunta como no sea para responderse a sí mismo).

"La cabeza y el corazón, tan caros también a Machado, los usa Mazuecos para que La Mancha y Alcázar se conozcan mejor a sí mismas". "Alcázar es ciudad de gente de bien y gente de paz".

El conferenciante recordó su niñez alcazareña: "Cuando desde la cama, por la plazuela de la Aduana, oía el paso de los carros, los gritos de los vendedores después y el charlar de las vecinas. Todo era próximo e íntimo".

(Era ese tiempo, quizá, en que todavía los hornos quemaban sarmientos y retamas que comunicaban a la hogaza un olor bíblico, sosegante y balsámico. Quizá, todavía, la época en que el vino se conservaba a la sombra y en la tinaja de barro, o envejecía sin prisas en los toneles de olorosas maderas. La infancia, nuestra nostalgia más fiel, es el tiempo en que se van descubriendo las cosas, el paraíso que se pierde y no se recupera jamás).

Toda la charla discurre sin concesiones; destacando frases, comentando talentos, interpretando épocas y acontecimientos cuyos ecos se proyectan en

el presente. Recuerda a los curanderos a quienes don Rafael, con conocimiento de causa, trata siempre generosamente. Puede apreciarse que Corredor Matheos no es amigo de definiciones que limitan la verdad y hurtan a las cosas su misterio y su encanto.

Con los fascículos a la vista, en el futuro, nos dice que "se harán vídeos con sus imágenes". "Vendrán estudiosos de muy lejos a consultar los archivos donde se conservan los cuadernos".

Hace tiempo se dijo y conviene recordarlo que "Hombres, lugares y cosas de La Mancha" trasciende cualquier encasillamiento local o regional. Es curioso que desde el maestro Azorín, entre los admiradores de la obra de don Rafael, figuran no pocos hombres destacados que no son de Alcázar ni manchegos.

El escritor es un ser de exigencias y servidumbres, y viene obligado a ofrecer su visión de cuanto observa de la forma más honda y sugerente "recreándolo" todo cual si acabara de nacer. Es lo que consigue en su conferencia José Corredor Matheos. Que los afanes y siembras de nuestro paisano le rindan en cada sazón los más ricos candeales.

Madrid, 17 abril 1985

A. PALMERO UGENA

COLOFON

No era fácil el trabajo de Pepe Corredor dada la profusión de la obra que señala Angel Palmero, pero él tenía, además, el logro del conferenciante. Sin embargo, los dos han triunfado plenamente logrando un trabajo armónico, precioso y real que les premiará el porvenir con su permanencia en la historia alcazareña. Es un acto ideal y reconfortante, demostrativo de que aún quedan en Alcázar algo más que recuerdos latentes de la Canena y de la Pleitista, olvidadas hasta ahora involuntariamente conociéndolas tanto y puestas indirectamente de manifiesto hace poco por desafortunada publicación.

Respetemos la memoria de la postrera heroína del arco de Cuchilleros, refugio anterior de Luis Candelas (el bandido de Madrid) y agradezcamos a nuestros escritores su esfuerzo y su interés porque vuelvan a relucir en Alcázar plumas áticas como las de don Juan Alvarez-Guerra Castellanos y don Enrique Bosch Herreros que tanto enaltecieron, aunque discontinuamente, las publicaciones locales, pues nada se perderá con ello ni con no recordar bien a la Pleitista como ejemplo de suripantas poco dignas de imitar.

Gracias a todos, muchas gracias señores, pero tendremos ocasión de verlos todavía y nos conviene trabajar.

Rafael MAZUECOS

Pam.
LA
CHICA

Una voz del Gallinero

A MARIUCO
Jancos po-
drían ser el día,
los manchegos, pre-
fueron a ver los
leones o alcazar
reidos, in vivo de de
gratificación que a dos por excep-
ción. Teniendo eso es.
Don Federico Cruz Rodríguez.
su ser un hecho se apra-
xima bastante pero
ante que esta es pa-
cio en cuanto a sus
pechos un recién
citos. Loda
el Ayuntamiento
sube la vida
lo admito
pero haber
que es la
que ya
las mis-
cuyo
Cruz
13

Coralio ALAMINOS

De las que retumban en toda la sala con el silencio de la función, como se conmueve la calle, en la serenidad de la noche, al ser requerida la novia para hablar hasta las altas horas. ¡Qué grandeza, Coralio, cuando habla el corazón!

El Vestíbulo

Interesante contraluz del vestíbulo de la Estación, tomado y revelado por Luis Montesinos García, el año 1958, porque la Paca era hermana de Leovigildo. Era mucho antes de la modificación reciente.

En él son visibles por el arte las primeras casas de la acera de la izquierda del Paseo, donde se ve el caserón primero que tiene su larga y nutrida historia de vida paseanderil.



MOCETES

Lo son para el concepto general los muchachos quinceños que empiezan a hombrar con pueriles alardes como los recentales en los ganados que pasan el tiempo jugueteando y dando saltos, que quieren fumar pero no saben liar los cigarros y se les deshacen a medio quemar, que quieren echarse novia y las espantan acorralándolas en cualquier rincón y hablándoles como a las bestias y que se visten y calzan como ven en las casas de su relación con la inconfesada idea de cambiar los estilos de la suya propia. Beben, alternan y canturrean exhibiendo el nuevo tono menos aflautado de voz del que tan satisfechos se encuentran. Ya son hombres, hombres nuevos, reclutas bisoños recién incorporados, deseosos de enseñar el uniforme y retratarse con la ropa arrugada de estar empaquetada en los fardos, los botos holgados y el gorro sobre una oreja.

Las cuadrillas de amigos entre los hombres y entre los muchachos, dieron mucho relieve a la vida alcazareña y es uno de los lazos de buena intimidad que la guerra rompió con sus trasvuelcos.

De las últimas cuadrillas de mocetes, me trae Santiago Mazuecos este retrato, bien claro y demostrativo de los rasgos propios de la edad juvenil. Está hecha en un día de temporal, es decir, de los que la lluvia no deja de trabajar a los hombres del campo, en la taberna llamada "el caballo de copas" instalada en la casa de las Ministrillas.



Están demasiado majos, de domingo de verdad, con ganas de presumir y la manera de colocarse, de tener los cigarros y de mirar al retratista, son excesivamente artificiosas, faltas de naturalidad, propias de mocetes poco acostumbrados.

Los retratados son, de arriba abajo y de izquierda a derecha, el primero Tomás Mazuecos Roperó, el más chico de los dos varones que tenía el Angel de Borrego, muchacho muy parecido de carácter al tío Borrego, su abuelo y que sucumbió en la guerra precisamente el día que lo iban a licenciar.

El segundo Leandro Leal Ramos, de la Vicentilla, hermana de León el de la Santiago la Peluza.

El tercero Bernardo Abengózar Sánchez-Mateos, el de Emeterio y la Trinidad del cartero.

El cuarto Bernardino Lizcano Abengózar, nieto de la tía Joaquina del Suero y Cañete por su madre.

Eustasio Alvarez, Garruchón por su padre y Chicharras por su madre.

Santiago Mazuecos Lizcano, de Potrilla por su padre y de la Lizcana por su madre, cuyo aire no niega la pinta.

Jesús Romero Sánchez-Mateos, hijo de Juan de Mata y de la María Engracia de Malagueña.

Aniceto Izquierdo, sentado debajo de Potrilla, sobrino de Tinto Gordo.

Sobrepuesto, Enrique Abengózar, hijo de la Manuelilla, que por estar en la Estación quedó fuera del grupo y lo retrataron aparte.

La estampa es típicamente alcazareña y las indumentarias propias de la época. Apenas si la blusa de Santiago se aparta algo de lo típicamente alcazareño. Y también lo negro del de la María Engracia, pero puede ser por luto de su padre, porque Juan de Mata era hombre achacoso y murió joven.

Pero hay un detalle que descarta la posibilidad de que la fotografía esé hecha en la taberna y es la calzadora en que aparece sentado Teodoro Cañete, el primero de la segunda fila. Ese mueble no se ha visto nunca en las tabernas ni tampoco puertas como la que hay en las proximidades de Tomás Borrego. Ambas cosas son propias de las decoraciones de los retratistas, pero por lo demás, quedará en esta obra como una de las aportaciones más demostrativas de cómo iban los jóvenes antes de la guerra, cuando todavía no se había soliviantado nadie.

SUCEDIDOS

Por los años 40 se murió una mujer y no tenían dinero para comprar zapatos, y el marido (que no tenía el kilo) le decía:

— Esta vez tienes que ir con alpargates, a otra vez será otra cosa.

Había uno que tenía muchas letras de Banco pendientes y le nació una muchacha. Al bautizarla le pregunta el cura ¿cómo le van a poner?, y contesta el padre:

— Como todas, a 90 días.

Perspectivas de la Plaza



Vista parcial de la Plaza que por fortuna se conserva. Y qué bien estaría de la misma forma todo su contorno.

Se trata de la Tercia y para los de mi tiempo del casino Republicano, donde habrá que recordar siempre a Climaco Escribano al que le faltaba el brazo izquierdo y a Capacheja, servidores de la entidad, pero como si fueran los amos, por aquella fuerza moral, de confianza y seguridad absoluta, que se había impuesto entre sus hombres.

Esta vista hace juego con la también sensacional publicada en el libro 51 de la acera del Saliente de la plaza de la Fuente.

En la de hoy están hechas, como en la anterior, todas las obras recientes, la casa de Natalio, la Tienda Chica. Y ya no está el Ayuntamiento aunque sí el quiosco de la música donde tocó esta banda que dirigió el maestro Ripoll y que ya cuenta con muchas bajas en sus filas, aunque las señalaremos para recordarlos.

Los señores gordos, saludables y descamisados que hay entre los músicos son los comisionados que vinieron de Alicante donde iban a tocar, para acompañarlos en el viaje hasta allí.

Los que figuran en la música, de arriba abajo y de izquierda a derecha son los siguientes:

Primera fila: Ransanz, el cartero y subdirector actual. Segundo, un comisionado alicantino de los de aquel año -23 de Junio de 1945-. Vicente Ruiz; Antonio Mata; Clemente Tejado (Chamorro); José García (el Barítono); Remigio Díaz; Emilio Rodríguez; Jesús Quiralte, Enrique Ramos y Méjico Rubio. Y no digáis más que por la pinta los sacareis.

Segunda fila: Hipólito Palomares, el Jaro el porrero de la carne; Sacramento Rodríguez, el churrero; Antonio Meco, el hijo del divertido tío Meco sin que él lo fuera menos. La bandera de la banda; Dimas Ormeño; Agapito Flores; Angel Rico, Teodoro Cáceres; José María Felipe, Romanero; Alejo Fernández; otro de la Comisión fallera; Coralio Cortés; Gabriel Gómez, Pablo Almonacid, Julián Paniagua; Gregorio Montalvo; Amós Sierra y tres o cuatro agregados.

Tercera fila: sentados, José Pintor el del bajo, otro de la Comisión, Angel Pareja-Vicente Lizcano (Chapí); don Claudio Ripoll Campí, el maestro. El hombre de la niña en brazos es el vicepresidente de la hoguera de San Alto donde iba a actuar la banda; don Luis Montesinos, concejal delegado y padre del autor de esta fotografía; otro comisionado, Felipe Paniagua, subdirector entonces; Paco Oliver y Alejandro Mata.

Cuarta fila: agachados, Molina, el Maño; Antonio Gijón y Julio Martínez.



Trato hecho

En prueba de lo cual, Ricardo Valle da su fuerte mano al tío Juan Vargas, gitano de Zalamea de la Serena (Badajoz), que es mucho más importante que Zalamea la Real, de Huelva. El motivo de la transacción era una yunta baya, joven, vibrante y deslumbradora que vista de perfil sugestionaba con su hermosura, por el blancor de sus bajos y el brillo de su capa de color castaño claro.

Ricardo es un ferviente admirador de la baja Extremadura y no es Valle, sino del Valle, con su poquito de rango y Barrilero por Chavicos, hijo de la Vicenta, la única hija de aquel.

Tiene algo y no poco de Fernández, por herencia de la tía Rincona pero del tío Laureano y la Moraleda, nada, puesto que aquello fue una aventura extemporánea y tardía del tío Antonio.

El tío Juan Vargas, acurrucado en Zalamea de la Serena, el pueblo de Pedro Crespo, el gran Alcalde que inmortalizó Calderón de la Barca retando al mundo al decir,

“Al Rey la hacienda y la vida se han de dar,
pero el honor,
es patrimonio del alma
y el alma solo es de Dios”.

Pues bien, Juan Vargas vive en Zalamea de la Serena que es como si dijéramos que vive en la Jara o en la Sagra de Toledo o en la Mancha misma





de Ciudad Real. Aquello es la Serena y su nombre indica como puede ser tan hermosa y rica tierra y su lustrosa ganadería.

Ser un poco rincón quiere decir que Ricardo es un poco Gitano, pero Juan Vargas lo es del todo. Nacido en Zafra, en la callecilla del Clavel, esa menuda calle que va de la plaza chica hasta el campo, formada por solo unas diez casas, la mitad a cada lado y cuya salida al campo, desde el mismo corazón de la ciudad, está rara vez libre de gitanos. Esta callecilla podría compararse a nuestra callejuela Cerrada, con la diferencia de estar en Zafra que es la tercera parte de pueblo que Alcázar, pero el emporio de la nombradía, del buen gusto, de la grandeza y de la riqueza, competitivamente y el primer mercado de Extremadura.

Pero el tío Juan encontró mejor acomodo en Zalamea y allí le vemos con Ricardo en el real de la feria cuando este trato que no parece perjudicar a nadie y menos a las bestias que gozan de perfecta salud: que lustre y que lozanía, señores, les brota de la admiración y la alabanza de cuantos las contemplan y el tío Juan también siente el desconsuelo de separarse de ellas.

Ricardo, el pardillo manchego, parece impasible. Por el momento ha vaciado su cartera y ya se verá cuando empieza a recuperarse lo ido, porque será menester dar muchos pasos y pasar muchas fatigas hasta lograrlo, pues por algo vive Zalamea bajo la advocación del Cristo de la quinta angustia y Ricardo va por allí como atraído por el imán y es premiado, como lo buenos, en los concursos de cante flamenco como pasó el año 82, por saber sentir que es lo que requiere la tierra aquella, toda corazón.

Ricardo cierra el trato con un apretón de manos que es como una escritura legalizada y el gitano le acepta el gesto.

Ricardo que viaja con la cartera repleta con lo que pueda necesitar, paga y a embarcar, como hacía Trinidad Castellanos.

Estos hombres, serios y silenciosos, andan poco por las calles de cualquier ciudad, pero observan atentamente los movimientos del personal. Lo ven todo, lo husmean todo, pero no se meten más que en lo que les conviene. El ojo del tratante es como el del águila que se lanza como el rayo sobre la presa que atisba y le ve la peseta que lleva en el pico.

La boca espaciosa y sentada de Ricardo, da a sus palabras un carácter de firmeza y sinceridad inigualables que emparejan muy bien con su ademán, comedido, prudente y razonable, para convencer. Le gusta el trato porque lo entiende y conoce a los animales. La mula, tan cabezona, es para él un libro abierto y el gitano su compadre zanquilargo y con una dejadez que los pies le llegan al suelo como de estar seguro de ella, sin cabezada y sin ramal. La mula va como quiere y el gitano ni le habla porque va bien y sabe lo que lleva encima, como el gitano conoce su asiento y ninguno se aparta de su obligación. Es sentido "cantaor" de flamenco porque desahoga su corazón, reposado, inalterable y firme para no perder su terreno ante los Alcaldes que un tratante puede encontrarse en su camino. Y el terreno o la posición de estos tratantes es la necesidad de sus animales con la que defienden la suya propia, tanto en los caminos como en las estaciones de término o ante los posaderos intermedios. Ancha faz y sonriente y la dentadura a la vista, tiene la risa pronta con un fondo de seriedad inefable. Conoce a los cojos en la manera de andar y el mundo en su sorna para no dejarse prender. Comparte con los gitanos la palabrería pero no quiere nada con los churumbeles que son obra larga, de trabajos y preocupaciones. No tiene el orgullo pero sí la satisfacción de su rudeza. Le tira más el trato que el tractor aunque el andar por los caminos proporcione días de ajeteo mayor y no de mayor ganancia.

Sabe muy bien llorar y cerrar el trato a tiempo, sabe halagar las vanidades humanas que conoce. Es cuadrado como Piñón el muletero, pero más rudo y lleva blusa de maranchonero que es lo propio del tratante.

Su libro es la vida, libro grande y su escuela el trato donde se aprende a conocer al personal y sus circunstancias como en ninguna parte y a darles su merecido para fomentar la relación. Por ejemplo, va a una casa a por una bestia cuyo trato esta casi hecho con el hombre y oye a la mujer de decir dentro algo que no está de acuerdo y enseguida habla claro de que él no viene a crear infiernos ni a que nadie se moleste, que las cosas están bien planteadas pero si no hay armonía, se dejan y se sigue siendo amigos. Y así por esta senda de suavidad, casi siempre se logra la transacción dejando restablecida la tranquilidad del hogar.

Es gañán de los que guisan y lo hace a su gusto siempre porque siempre está de quintería y oye desde su cama el grasnido de las urracas exhalado desde lo alto de las encinas al paso de las mulas que amontonándose en pira se atropellan y parecen alejarse para siempre, pues hasta los animales parecen sentir las tristezas de las despedidas y el abandono de su nido. Las mulas se apiñan y remontan como para ampararse en el camino nuevo que les infunde la extrañeza y la zozobra de todo lo desconocido.

Lo bueno y bien hecho



En todas las épocas y en todos los oficios sobresalen los buenos trabajadores, sean de propio o de ajeno, porque tratándose de bien hacer no hay distinciones y sólo se busca lo bien hecho que es lo que acredita y llena al ejecutante, sin mirar la ganancia, con espíritu deportista, como se dice ahora, el arte por el arte, que es lo que más vale.



Entre los gañanes que trabajaban lo ajeno, en su época, estuvo este que lo fue de Don Federico, Venancio el Jarillo -Venancio García- Baquero Izquierdo, que no era jarillo sino jaro total, tanto como morena su mujer, la Felicia de Perra. Ambos de la época de mis padres y casi de su misma edad, nacidos por el mil ochocientos largo.

Aquí están los dos como solían estar en su hermoso y cuidado patio de la calle del Mediodía, con portada verde y grande donde estuve con ellos más de cuatro veces, matrimonio reposado, de poco hablar pero seguro y firme.

Las anécdotas de su vida pueden dar idea de su carácter y sus maneras.

Un día estaban segando candeal en el pedazo del majanillo y llegó el jarillo a cargar la galera echándole 11 cercos y los mismos segadores le decían:

— Venancio, que te vamos a tener que echar los borricos para salir al camino.

Venancio al terminar de cargar salió al camino y fue al ható de los segadores a beber agua, diciendo, ¿no decíais que me íbais a tener que echar los borricos? Ya está puesto en el camino, por lo menos hoy no me hacen falta. Y a buen compás la colocó en la era de don Federico que estaba donde ahora la vaquería de "Rana".

Antiguamente, cuando la fraternidad era general y permanente en Alcázar, esa esquina de Venancio, abierta de alas y el rincón del herradero eran puntos de reunión de los hombres del barrio, punto de reunión más estable que los de otros casinillos y Venancio siendo ya gañán de propio cierto tiempo, solía hacerse presente los días de temporal o de santos viejos, si no se metía en su patio detrás de la portada, pues no era muy amigo de reuniones. O bien en el hueco de la esquina al abrigo del cierzo y del solano, con otros como Francisco Morales que se hizo vecino al casarse ya viejo con la Petra de Méndez, o José Culón y el propio Isidoro que dentro de sus parsimonias no dejaba la ida por la venida. Y alguna vez el hermano José María, el Cadáver, gran hombre aunque seco que murió en medio de unas crisis de prurito senil desesperantes e insufribles.

A la placeteja daba "el Cielo", taberna célebre de Isidoro López, uno de los hombres más apacibles de Alcázar, un santo varón que ordenaba los entornos civiles y figura en distintos apartados de esta obra y él ordenó el patio de su casa que lo era también de la taberna, cuidado por él para hacer agradable la estancia a los parroquianos y lo adornó con grandes retratos de Salmerón, Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Salvochea y otros de los grandes republicanos de su época, como queriendo decir que ese era su cielo y que se sintieran a gusto sus correligionarios con el patio bien acondicionado en todo tiempo, pero ni allí había truenos ni allí había nada revolucionario, sino un modo tranquilo de echar el truco ante estas estampas con que al patriarca Isidoro le plugo sustituir a San José y San Ramón, abogado de los buenos partos, que tenía la Tomasa, tal vez por no necesitarlo porque no tuvo hijos.

Un detalle indicador del carácter de Venancio era la manera de encasquetarse la boina, a lo cazo entero, repretada y ajustada, bien ceñida con ambas manos para que no se la llevara el aire al acometer el esfuerzo y continuarle frente al huracán.

El día de la foto no era de trabajo como se ve por la ropa, pero se la puso igual por la costumbre y visto en la lejanía del horizonte, es como un hito de granito que sale de la tierra y aguanta el viento racheado.

El eco de Alcázar

Gracias a la amabilidad y al buen temple de las señoritas que rigen la casa de Escudero, he podido ver tres de los números primeros de esta llamada revista literaria mercantil, pero en realidad es uno de los muchos pliegos que más o menos periódicamente se han repartido siempre en Alcázar.

Sin duda ha envejecido con el tiempo, pues tenía de él mucho mejor recuerdo como se ha dicho al referirlo en otras ocasiones, pero es una pequeña serie de recuadros reducidos de los propios anuncios confeccionados con los dibujos o fotografías de las marcas que se venden entremezclados con las noticias del pueblo, de los que se van, de los que vienen y se casan o se mueren, sin el menor rasgo literario.

Con el brillo de la impresión y el colorido recientes, perdió su aire de juventud y apenas si se percibe el ECO de lo que fue, pero debe figurar en esta pequeña historia de los periodiquillos locales como recuerdo del empeño que Pedro echaba a las cosas en los tiempos del Almacén de La Mancha y en un pequeño conjunto de adornos tipográficos que eran los mismos que TIERRA MANCHEGA le dejó al caducar a la viuda de Benigno Alaminos.

Observaciones alcazareñas

Don Luis Caballero es uno, (tal vez el principal), de los que están esperando que yo entre en materia, como le pasaba al Dr. Thebussem, notable personalidad de Medina Sidonia que vivió en la segunda mitad del siglo anterior y principios del actual, muriendo el año 1918, famoso sin salir de su pueblo en el que pasó larga vida muy al estilo andaluz, ocupado continuamente pero en minucias notables y graciosas, como pican en la comida y en la manzanilla, menudeando, pero jamás se dan un hartazon.

Tuvo gran fama y la tiene en las historias, como erudito escritor, fino y grato, pero en lo que yo alcancé, la nombradía se la dieron sus relaciones con los grandes maestros Valera, Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín y otros de su tiempo, aunque este último, (el Bachiller de Osuna), más que ninguno, pero sobre todo sus recetas de cocina que no se cansaban de ponderar los entendidos y el mismo don Francisco, al volver de Piedrabuena donde estuvo refugiado durante la guerra y aprovechó el tiempo para escribir un libro con abundante y sabrosa documentación manchega, para disponer de tinta buena, negra y fija, recurrió a una fórmula de su célebre amigo y le sirvió al pelo.

En nuestro libro 40 hay una referencia circunstanciada de la parte romancesca de Ruidera, castillo de Rochafriada y encenagadas lagunas circundantes, cueva de Montesinos y alturas del campo de Montiel, pero yo sé que eso no le basta a Caballero, no le puede bastar a un hombre tan estudioso como él y tan amigo de fortalecer sus observaciones con las de los sabios que más sepan en el asunto de que se trate. Cuando sea más viejo nos dará sus opiniones propias, escuetas y dará gusto porque serán maravillosas, fundadas e instructivas y una de las cosas de que nos hablará será el fenómeno geológico de Ruidera por haberse implantado allí y no ser posible que su mente inquieta no se vea solicitada por lo que contempla en momentos de ociosidad.

Cuando yo era muchacho tuve ocasión de ver en la Junta de Ampliación de Estudios la figura apostólica de Don Eduardo Hernández Pacheco, fundador de la Geología española y como la vida se enreda más que la lana y volvemos por los mismos pasos, a los mil años, hace cuatro días, fui amigo de su hijo don Francisco (ya fallecido) catedrático de la Universidad Central y autor de numerosos trabajos sobre La Mancha que me mandaba generosamente como yo se los mandaba a él y hasta me hizo miembro honorario de la Real Sociedad Geográfica por el escrito dedicado a su padre rememorando los trabajos que le permitieron hacer la determinación estratigráfica de La Mancha, estableciendo con exactitud la edad geológica de la formación neógena de la llanura.

El hecho, tal vez no el primero y seguido de tantos otros, ocurrió el año 1914 con motivo del pozo que se hizo en una plazoleta de la Puebla de Almoradiel, (630 metros de altitud sobre el nivel del mar), para abastecer de

agua la población. Allí acudió don Eduardo con su equipaje científico y halló que en la superficie había "una capa de arcilla margosa que pasa enseguida e inferiormente a un banco de arcilla plástica de unos diez metros de espesor, capa que en la parte inferior pasa a caliza margosa blanca. Inmediatamente debajo existe una capa de arcilla impermeable sobre la cual está el manto de agua".

La importancia científica de esta perforación, dice don Eduardo, está en que en la capa de aljez, (yeso), se cortó un nido de huesos fósiles de mamíferos, entre cuyos restos pudo indentificar diferentes especies y una nueva de "Hipparion" a la que denominó HIPPARION ROCINANTIS en honor y gloria de la cabalgadura de D. Quijote y que prueba el buen gusto literario de don Eduardo.

Salvo lo del "Hipparion", que ha quedado para siempre con el calificativo de rocinantis en los anales científicos, las demás especies las consideró corrientes en las calizas y margas miocenas como los moluscos terrestres que en algunos yacimientos de Daimiel y Torralba de Calatrava están en buen estado de conservación para identificar las especies.

Pues bien, don Eduardo tiene publicados muchos trabajos fundamentales sobre la península Ibérica y el Africa septentrional que es su homóloga región, hendida por el mar, y uno de esos trabajos está dedicado a Ruidera y a la interpretación de sus estructuras, sobre la base firme del Paleolítico.

La propia cueva de Montesinos cuya importancia es más bien literaria que geológica evidencia el fenomeno de Ruidera como consecuencia lógica y natural de su terreno pues no es más que una campana de hundimiento por disolución de las margas yesíferas del subsuelo, como en lo demás de la comarca. La permeabilidad del suelo hace que las aguas en lugar de correr se sumerjan en él y vayan fabricando en la caliza esponjosa y fisurada, un profuso y anastomosado sistema de canales que don Eduardo compara certeramente con el cuerpo humano que donde se pincha sale sangre como en el llano sale agua en mayor o menor cantidad según el tamaño de las corrientes cortadas.

La porosidad del campo de Montiel absorbe el agua que va disolviendo la cal y buscando su corriente favorecida por un gran desnivel mantenido y acrecentado por las aguas mismas y con iguales características desde su origen en los manantiales de Pinilla, cuyo riachuelo se agota y se pierde apenas nacido, como después pasa en nuestro campo de San Juan con el Guadiana para ir a renacer en Villarrubia por causa de los hundimientos que engendran la cañada del Lancero que resulta de los hundimientos subyacentes y hacen que la caliza porosa se rompa en la superficie en contacto con la arcilla impermeable y brote el agua al exterior, formando los potentes manantiales de los ojos del Guadiana, como en la cueva los más modestos con que se refrescan los viandantes y en las lagunas y sus alrededores con los manantiales mayores o menores que se observan. En la hendidura del ojo mayor hasta ha nacido una higuera silvestre como en la fractura del borde rocoso de la segunda pedriza de Piédrola.

Pero no es eso solo que, después, pero antes de la guerra, se hicieron va-

rios sondeos aparte de los realizados para el pantano en el campo de San Juan, el primero a cinco kilómetros al sur de Argamasilla de Alba con una penetración de 247,50 metros; el segundo en la Alameda de Cervera, junto al cauce viejo del Guadiana, alcanzándose 104 metros; el tercero en Venta Quedada junto a la carretera de Madrid-Cádiz, a 26 kilómetros del de la Alameda. En esta alineación están comprendidos los pozos de las Perdigueras y los Romeros que surten de agua potable las poblaciones de Alcázar de San Juan y Manzanares. El sondeo alcanzó 77,50 metros de profundidad; el cuarto sondeo junto al ojo de Mari López, del grupo de los del Guadiana, en la misma dirección al eje de la vallonada llamada cañada del Lancero que corre algo al norte del caserío y que termina en la depresión donde brotan los manantiales llamados ojos del Guadiana. El sondeo alcanzó una profundidad de 123,20 metros.

De cada sondeo se hizo un estudio detallado y el conjunto lo resume don Eduardo aparte de los sondeos realizados para el pantano.

* * *

EL TERRENO

Contando con que el relieve de la cuesta de Criptana llamada sierra y con el cerro de la Virgen y nuestros cerros de San Antón y de la Horca, se cierra por aquí un valle o bellonada que acaba en el campo de Montiel. Y que se forma otra planicie limitada por los cerros del Tinte, la vertiente suroeste de los cerros de San Antón y de la Horca y la altiplanicie de las Abuzaeras, al caer del Santo, creadores del Arenal y vertientes fecundantes de la Veguilla como todas las del lugar, que permitían a los vecinos cuidadosos coger cosechas de a 20 y que las estropearon los sabios como ahora, el terreno sigue, aguas arriba, en cuesta suave hasta Piédrola donde se aprecian otra serie de relieves bien significativos con elevaciones que acaban en el haza de las Malvas, junto a la casa de Berbes y en la Muela, al otro lado del desmonte donde todavía existen los paredones de las casas de la Renga y de Rufao.

La huerta de Piédrola es la consecuencia de la erosión de las pedrizas y del escalón que forman a su alrededor el Castillejo y el Rasillo y la plana del norte, al pie de la aljibe, que son las tres pedrizas primeras al llegar del lugar, pero que luego se ve que son tantas como las lagunas de Ruidera.

Desde esta depresión hasta el desmonte, las pedrizas están más llanas y es evidente junto a las casas de los Malagueñas y el Calero, la resistencia de la roca para quebrantarse, pues se mantiene en una pieza y firme, resistiendo la acción del tiempo y la de los canteros.

El cerro Gordo, interpuesto entre Criptana y Piédrola, testigo de como fue de alto ese campo que guarda el gran manto yesífero de los Anchos.

El subsuelo de Alcázar apreciado a simple vista, tiene un predominio de material arcilloso impermeable que mantiene el agua sumergida en las primeras capas, con el nivel de la de los pozos.

A base de estas realidades, se puede hacer con provecho todo lo que se

quiera, pero pensando que por tapar las corrientes va a dejar de correr el agua, no se lograría ningún beneficio y pobres de nosotros si tuviéramos la suerte de pasar los otoños y los inviernos sin parar de llover como antiguamente, porque ya veríamos lo que sucedía con los arroyos y con las casas modernistas sentadas en balsas de agua y cimentadas en terrenos blandos y movedizos, porque el cemento se pondrá duro pero el suelo en que se fija no lo está tanto y si fallara caería todo en una pieza.

* * *

EL AGUA

A pesar de lo mucho que nos han molestado las aguas y nos siguen molestando, no hemos tenido la curiosidad de hacer perforaciones y estudio del terreno para ver el espesor de las capas de cada clase y la profundidad a que está la impermeable y sus posibles ondulaciones que seguirá el manto acuífero, que no está muy profundo pero que en ninguna parte aflora en forma de manantial por contacto o agrietamiento de las capas del subsuelo y solo se recuerda de antiguo la existencia de las fontanillas llamadas Santanillas, que eran eso, los manantiales formados por rompimiento del terreno detrás de la estación y, por supuesto que muchísimo antes de que se pensara en establecerla, fuentecillas que indudablemente fueron causa de que se exteriorizara la roca arenisca en una gran extensión y se formaran los conocidos pilancones donde la gente iba a lavar la ropa y ya más abajo, hacia la Cruz Verde, el arrecife de la calle de la Luna y los alterones de la misma Cruz y de enfrente de ella, en el promontorio de la Moya y de Raspilla.

El agua está contenida en la tierra y no aflora por ninguna parte, lo cual quiere decir que las capas del terreno, permeables e impermeables, se mantienen íntegras en toda su extensión y únicamente se ponen de manifiesto al perforar, pero no por abertura espontánea, hasta ahora, aunque haya filtraciones en muchos sitios y sobre todo en los sótanos y cuevas, subterráneo de la estación, casas de los Sitios, por protegidas que estén, que no impide la formación de buenos charcos y aunque se llenen de agua los locales completos, como pasa todos los días a pesar de estar en lo más alto de la ciudad y de lo mucho que se remienda para impedirlo. Rompe la capa permeable sobre la impermeable y la misma corriente hace agujero constituyendo el manantial que se va agrandando poco a poco con la erosión del agua, aunque es buena observación la del nivel alcanzado por las aguas de los pozos.

* * *

Todas las aguas superficiales del pueblo se concentran en tres arroyos principales dando origen a la Veguilla, el de la Mina que se origina en las Santanillas, sale al paseo por debajo de la estación, lo cruza, atraviesa las Bilbainas y la carretera de Criptana, formando la calle del Arroyo, ¿qué pintará ahí García Morato?, hasta unirse con la corriente de la alcantarilla formando la

Mina que contornea la parte oriental del pueblo para dirigirse a la Veguilla atravesando la parte del mediodía de la población.

Otro arroyo recoge las aguas de la parte occidental del pueblo, Plaza, Cruz Verde y Santo, formando el arroyo de los Sitios que va en busca del de la Mina para juntar sus aguas y dirigirse a la Veguilla.

El tercer arroyo es el del Albardial que recoge aguas de la vía de Madrid y de las alturas que las circundan y bajan por las abuzaeras con la misma finalidad de nutrir las lagunas del camino de Villafranca.

De los tres arroyos, el que recoge mayor cantidad de agua y con menos riesgos es el de la plaza por la amplitud y tendencia a formar grandes charcos en la plaza.

El de la Mina tiene el inconveniente de su estrecho cauce al cruzar la calle de la Virgen y en las grandes avenidas revierte buena parte de su caudal al arroyo de la plaza por la calle de San Francisco, lo cual da al arroyo de los Sitios cierto carácter de principal y con más hondo cauce que el de la Mina que creo continua descubierto.

Los mantos acuíferos de Alcázar y de Ruidera son análogos, variando en sus circunstancias de altitud, extensión, caudal, constitución del suelo, etc., pero como allí las lagunas, las Santanillas, —las fuentecillas— están ahí de toda la vida y de ellas se ha bebido siempre y fueron aprovechados por la estación desde el primer momento. Las aguas de Ruidera son las filtradas del extenso y elevado campo de Montiel y las de las Santanillas son las filtradas de los Anchos, de las serrezuelas de Criptana y cerros Gordo y del Tinte, que al subir a ellos viniendo por la carretera de noche, se descubre claramente la amplia cuesta por las iluminaciones y las aguas siguen la misma marcha que las luces, marcha que era evidente dentro del pueblo antes de tapar equivocadamente las corrientes, pero que como ahora no se utilizan ni consumen, están ahí y no se puede picar en ninguna parte sin que brote un manantial inagotable, como se ve en todas las obras desde la estación hasta la Veguilla y pasarían más de no impedirlo el cerro Giguela, por eso se ha dicho tantas veces que lo mejor era consumir las aguas y las basuras, que es lo que hacían nuestros antepasados, pues el taparlas no hace más que quitarlas de la vista, consiguiendo mucho, pero perduran los peligros sanitarios y los malos efectos de percepción. Las casas no se sanean más que dejando correr las aguas por la superficie como antiguamente, embelleciendo los arroyos si se quiere y aprovechando las aguas en las muchas y productivas huertas que se tuvieron en todo tiempo detrás de la estación, delante de ella y en todo el Pradillo hasta la Serna.

Estos cauces principales se nutren de numerosas corrientes bilaterales cuya red justifica el trazado de las calles, las plazuelas y los callejones de servidumbre diseminados por todo el pueblo, algunos convertidos en calles, tal vez sin mucho acierto.

* * *

MALAS VOCES

Se decía en el libro anterior de los de Alcazar, número 53, decididos a hablar de las puertas de la estación, que lo del agua ya tendríamos tiempo de verla correr y, efectivamente, yo, desde mi celda no he podido verla pero las voces sí que me llegan de que no sé cuantos caballos motorizados hay en el armario del pasadizo tirando continuamente para que no se inunde la estación, cosa de la que ningún conocedor del problema se sorprenderá lo más mínimo, pero sí que extrañan los tropiezos de la técnica después de tantos alardes. ¿Qué te parece, Leandro, de lo que hemos hablado mil veces y de lo que hemos visto?

El Ayuntamiento también, llevado de estos ejemplos y echándose las de valiente y de rico, sin hacer mucho caso de los antecedentes viejos, le dió por tapar las corrientes para modernizar el aspecto, como el que escupe al cielo. Y ahí están las obras esperando lo que dé el tiempo y sus resultados.

De respetar las corrientes y favorecerlas a taparlas, que no es quitarlas ni anularlas, varía totalmente la estética de la población y el paseo por su visibilidad es donde más se aprecia, pues con eso y la pérdida de su valor comercial, ha quedado anulado completamente con relación a su prepotencia anterior. Con las alamedas que se podían haber hecho en Alcázar. Recuerde quien pueda lo que eran los árboles de la puerta de Ignacio Perra que no podían abrazarlos entre tres hombres y albergaban un vagón de pájaros cada tarde que soltaban al amanecer con la consiguiente algarabía.

Similitud

Cuando estuvimos Pitos y yo en Orgaz para dar a nuestros lectores una impresión personal de su plaza, nos dió tanta alegría ver algunas casas idénticas a las nuestras más antiguas, que las fotografió y las publicamos.

Ahora he visto en el periódico una acuarela de Hervás, hermoso pueblo de la provincia de Cáceres, que es exactamente nuestra calle de los Alterones, con sus desniveles, con su forma infundiliforme con sus escaleras de lonchas de caliza, con su zapatería, su fragua, su carpintería, sus ventanucos de ropas tendidas o de lumbreras y sus arroyuelos de agua llovida en el piso arrodalado de empiedro de cantos y de piedra nativa.

Es impresionante la identidad con nuestros Alterones antes de que el mal gusto pusiera la mano en ellos, y nos congratula imaginar que podría hacerse una reconstrucción tan similar que Alcázar se viera reconstruido, pues nuestras formas arquitectónicas son tan naturales y sencillas que se las encuentra en muchas partes si se las conoce bien y se las añora, menos aquí, por supuesto.

Y va de retro

El Dr. Palanca, General-Médico, Catedrático de Higiene y Director General de Sanidad todo el período de la postguerra, era un hombre muy dispuesto, inteligente y activo que tuvo que mediar en muchas construcciones de su departamento, sobre todo de la lucha antituberculosa, en la época de auge de estos edificios.

Trataban de construir un tercer sanatorio en Bilbao, pero grande, para 300 enfermos, aparte de los dos que ya había, y dedicado nada menos que al Generalísimo.

El día del replanteo notó que un casero de las cercanías les observaba con curiosidad y se fue a él con ánimo de saber la impresión que le hacía la política antituberculosa.

Trabaron conversación y de repente le dijo que le parecía un disparate edificar un sanatorio en aquel sitio porque aquella montaña en que se iba a asentar, se movía.

Don Alberto se lo dijo al Arquitecto que, despectivamente, le contestó: "Hoy, la Arquitectura está tan adelantada que se puede cimentar en las nubes". La frase fue textual.

Se acabaron las obras, se inauguraron, se llenó de enfermos y todos estaban tan contentos con el sanatorio, pero un buen día apareció una rajita que fue extendiéndose y pocos meses después la ruína era inminente y hubo que pensar seriamente en la evacuación de los enfermos, temiendo una catástrofe.

Enseguida se comenzó la reparación y se llegó al convencimiento de que una capa de agua subterránea era la culpable de todo. Se llevaron mineros de Asturias especializados y, durante muchos meses se trabajó para conseguir la estabilización del edificio, lo que se consiguió a fuerza de mucho dinero y don Alberto, hombre rico y cuidadoso de los fondos públicos como de los suyos propios, decía, que por muy adelantada que esté la Arquitectura, cuando se cimenta en las nubes hay que tener mucho cuidado.

SUCEDIDOS

Trabajaban los albañiles en una casa y se presentó una nube grande, que caía el agua a cántaros. El oficial le dice al peón:

—Juan Francisco ¿te has pasado la espuerta del yeso?

—No, pero la he tapado con la criba.

Un peón caminero convidó al capataz a comerse un cordero, pero tenía un hijo un poco falto y cuando se pusieron a comer, el muchacho no dejaba de escarbar con su navajilla por toda la sartén y le dice el capataz:

—Niño ¿qué estás haciendo?

—Es que las de hueso no me gustan, le contestó el tonto.



Estos chicos de la escuela de don Demetrio son unos de los muchos alcazareños que hay esparcidos por el mundo, sean o no ferroviarios y que no salieron en los retratos de la escuela por alguna circunstancia casual, aun teniendo todos los derechos que acredita el emblema de la fotografía. Son hermanos de Elisa Ramírez, de la labor de doña Piedad, tantas veces mencionada, hijos del tenedor de libros de la fábrica de harinas, cargo de cierto viso en la localidad que dió lugar a que algunas familias se avendicaran aquí por largo tiempo para llevar las cuentas de las entidades de mayor trajín comercial. Esta vivía en las casas de Andújar de la calle de la Estación, precisamente frente al Colegio de doña Piedad, donde hizo Elisa sus primeras armas que tanto habrían de brillar después y ahora ha vuelto a dar la casualidad de que Emilio el Churrero la omita en el lugar del índice que le corresponde y sería justo que figurara como encuadernadora, que lo es de oro fino y por afición, como un imba-

tible guardameta, sobre las actividades ingenieriles de su esposo D. Fernando.

Estos niños me da el corazón que debieron ser algo inquietos aunque sin llegarle a don Demetrio y desde luego dominados por la disciplina y buen orden contable, pero de seguir en el paseo no les hubiera faltado su compañía a los Caspirres ni a los sobrinos del Manquillo, a los Rabosos ni a los de la Rica ni hubieran dejado de influirles plenamente los pasos cortos pero muy movidos de don Demetrio, tan perceptibles en todo lo que se relacionan con su escuela y necesidad movible o por mejor decir de sus trabajos, que eran múltiples y bien acoplados, carpintería, pintura, fotografía y su poquito de albañilería y fabricación de hornillas para carbón vegetal con latas de conservas, pues era muy mañoso, muy casero y muy cuidadoso de los centimillos.

Nadie olvida la tierra en que jugó con los chicos ni la escuela primera que pisó, aunque el maestro fuera de los de la letra con sangre entra, porque hay tanto bien en poseerla que cuando ya se tiene se da todo por bien empleado y no hay hombre que no recuerde al maestro con veneración y los palmetazos sin amargura porque gracias a ellos se aplicó a sus deberes y aprendió lo que sabe.

Hay muchos maestros feroces, pero son más los chicos salvajes que hacen los choques inevitables con mucho dolor, para el maestro en el momento del tropiezo y para el chico con el tiempo al recordar la falta que es cuando se pone de manifiesto la parte de amor que había entre los azotes y se contiene en el refrán de que quien bien te quiere te hará llorar. Total un llanto continuo que hace que los chicos se acuerden siempre de la escuela y clamen por verse en ella contribuyendo a formar el murmullo de las recitaciones colectivas que salen de toda escuela, cuyo eco llega hasta el final de la vida pegado al maestro y a los chicos de la escuela que es una cualidad única e inmarchitable, que se pone de manifiesto siempre con el más leve motivo, como este de no haber salido en un retrato donde estaba la escuela llena. Y el hecho de haberse publicado aquí tantos retratos de las escuelas de Alcázar, empezando por la mía, no ha sido por los maestros, sino por los chicos que se enorgullecen hasta de viejos de tener guardados aquellos retratos de su infancia y algunos de llevarlos en la cartera toda su vida como amuleto de su porvenir.

El Colegio de la Botera

Como puede verse, los colegios de cagoncillos, tan numerosos en toda la villa, algunas veces crecían demasiado y se convertían en colegios de verdad, hasta de adultos, aunque todos revueltos, eso sí, hasta el punto de que los maestros se veían obligados a tomar ayudantes, como le pasó al Cardaor que fue el de más fama, de mayor duración y más eficacia en su larga vida, colocando en la estación a cuantos pudo con la ayuda del señor Higinio, de Jesús



Barrilero y de Engalgaliebres que allí se formó para abrir su escuela propia con el tiempo.

La Botera —Ana Román Pérez— la señora, le decían, sin darle nunca Don. Aquí en el Cristo, con un público más numeroso y de mayores aspiraciones, logró el buen resultado que puede verse en la fotografía, hecha en las proximidades de la guerra y que aunque iniciara su trabajo en las dos habitaciones de la botería ya clausurada le cundió tanto que tuvo que agregarle el portal y ella se engrandeció en la forma que se ve porque antes tenía rumbo pero de otra clase que lucía con una multitud de mozas más, en la hermosa acera de su casa, el día de las Cruces.

Además de tenerlos recogidos por la mañana y por la tarde, a la señora se le daba muy bien enseñar el abecedario a los pequeños y bajarles las bragas cuantas veces fuese preciso cada día por dos pesetas al mes.

En esta fotografía figuran de arriba abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila: Anita Carpio, Amparo Sánchez-Villacañas, Amalia Muñoz, Encarna Campo, Milagros Moreno, Esperanza Candelas, Ofalla Campo, Pilar Pérez, María Moraleda, Luisa Sánchez, Rosario Flores y Angelines Puyo.

Segunda fila: Vicenta Candelas, Cecilia López, Orfelina Pérez, Amalia Abad, Carmen Rubio, Carmen Plaza, Carmen García, Anita López, Herminia Guzmán, Vicenta Plaza, Soledad.

Tercera fila: Rafael Zarceño, Teófilo Zarceño, Juanita Mesa, Carmen Cortés, Olimpia Arias, Narcisa Parra, Eulalia Beamud, Margarita Camacho, Denia Tejero, Olga Guzmán, Conchita Tejero y Gabriela Campo.

Cuarta fila: Primera no se conoce, Rodrigo López, Anita Angora, Manolo Parra, Carmen Campo, Abel Camacho, Ludivina Angora, siguen dos desconocidos y Pepe Muñoz.

* * *



Es de absoluta necesidad poner aquí a la señora por estar de tiros largos y traernos las modas de su época con todos sus detalles, el ruedo repeinado con abundante crepé abrazando toda la cabeza, la falda hasta el suelo y no vacía, las mangas de jamón y las posaderas llenando el asiento a pierna suelta. Se esfuerza por tener la boca cerrada pero no puede evitar el morro.

El siglo XX

Hay bastantes noticias de las preocupaciones que existieron por la llegada del siglo XX, incluso la de que se acabaría el mundo con este motivo y en nuestros libros cincuenta quedaron recogidas algunas de ellas.

La industriosa población de Quintanar de la Orden publicó una revista con ese nombre, "El siglo XX", al mismo tiempo que nuestra ILUSTRACION MANCHEGA y muy relacionada con ella por el año 1905 como lo prueba el intercambio de trabajos de redacción entre ambas.

Tanto EL SIGLO XX como LA CUNA DE CERVANTES alcazareña se imprimían en Campo de Criptana, detalle importante para el antagonismo de las imprentas, pues LA ILUSTRACION MANCHEGA la tenía propia.

Estas publicaciones alcanzaron una cierta y calificada vida.

EL SIGLO XX decía que era semanario independiente dirigido por don Cusberto Fernández y yo tuve la suerte de ver dos números extraordinarios, uno del 12 de mayo de 1905 dedicado a la gloria de Cervantes, en su segundo año de publicación. El otro extraordinario correspondió al 15 de Agosto del mismo año y estuvo dedicado a Nuestra Señora de la Piedad, patrona de Quintanar.

En el número de mayo hay una fotografía de Santa María, la nuestra, muy parecida a la que publicamos en nuestro número 50, en muy mal estado para reproducir y borrosa, pero que ofrece la particularidad de tener sobre la puerta de la placeta, adosada a la pared posterior del presbiterio y como a un metro del tejado de este, una especie de azotea, cercada de paireta salpicada de monolitos independientes y una vertiente de aguas en todo el contorno de su base que es lo que nos hizo pensar que pudiera tratarse del asiento de la torre que se hundió y que no hemos visto en ninguna parte ni sabemos cuándo y cómo desapareció.

Es un día turbio el de la fotografía, están brotados los árboles y hay como una estatua entre los más cercanos a la acera de la iglesia y un hombre secucio con paraguas recogido que pudiera ser Cebaila que por entonces hacía sus jarabes para refrescos en una casa de la placeta. Hay otro y un chico a su derecha ninguno se distingue en una fotografía tan borrosa, pero lo de la paireta del tejado no ofrece dudas y se diferencia mucho del resto de la construcción.

En este SIGLO XX extraordinario hay bastantes trabajos sobrecargados de historia que es uno de los defectos de los periodiquillos de los pueblos y de los que predicán a las multitudes en los mismos lugares. En este extraordinario tomaron parte también los redactores de la ILUSTRACION MANCHEGA, como era debido y alguna gente de El Toboso.

En el mismo número hay otra fotografía alcazareña, la de la casa de Cervantes que reproducimos por su buen estado natural, tanto de la casa como de las gentes que hay en la puerta, seguramente atraída por el tejemaneje de los retratistas.

La casa es la de más allá de las caldereras pero hay una puertecilla indicadora de que una cosa son las propiedades de arriba y otra las de abajo, pero la casa de Juan de Mata —Juan de Mata Marcos de León, el Parraro—, está íntegra y su ventana de la zapatería con la persiana alzada. Que típico se ve el personal como de ser verano y estar de era. La casa está en su estado primitivo y en toda su pureza tal como estuve en ella muchas veces, sin haber sufrido todavía ninguna de las adulteraciones que posteriormente fueron introduciendo los entendidos.

El extraordinario de la Virgen de la Piedad tiene cubiertas coloreadas como la ILUSTRACION MANCHEGA y con la misma coloración de los anuncios, siendo el primero el del profesor don Librado Leganés que anuncia su clínica dental en la calle de León, 23, de Madrid y la curación radical de todas las enfermedades de la boca y de los dientes a precios económicos. Es la época en que la profesión estaba en manos del clásico sacamuélas, pero en ese mismo periódico aparece otro señor Leganés anunciando extracciones sin dolor en la calle de la Colegiata, 18.

Este número de homenaje a la Patrona resultó menos favorecido que el de Don Quijote por la cantidad y la calidad de los trabajos, porque no era fácil ni mucho menos ponerse en cualquier pueblo a imprimir una revista periódica, para encima ponerle faltas. Demasiado bien estaba y demasiado hacía don Cusberto.

BODA

Ese mismo año de 1905 se casó Pucheritos. Y ahí va la prueba.

“Juan Castellanos Arias tiene el gusto de participar a usted y familia el casamiento de su hijo Antonio con la señorita Consuelo Fernández-Pintado Castellanos.

(La madre de Antonio, hermana de don Joaquín, había fallecido).

Gonzalo Fernández-Pintado y Matilde Castellanos Illescas, tienen la satisfacción de comunicar a usted y familia el verificado matrimonio de su hija Consuelo con don Antonio Castellanos Alvarez.

A su vez, Antonio y Consuelo anuncian su efectuado enlace y ofrecen su casa en la calle de San Francisco, 10 (la del colegio de las Monjas francesas, después).

Tuvieron una hija que falleció a los pocos años y también la hija de don Gonzalo, quedando Antonio de Rodríguez para toda su vida, que no fue corta, pues no le apeteció morirse hasta que barrió bien la era, abarrotada de mies y si se descuida un poco se lo lleva el aire, como el tamo.

Antiguos e invariables usos

Estos señores que todavía corresponden a la época de las buenas costumbres alcazareñas, de comer y beber y no meterse con nadie, un día sí y otro también, están aquí contra el porche de una portada que puede ser de la Alameda. Y no muy lejos de la sartén que da el último hervor, espacio que ellos aprovechan para retratarse,



como solían hacer para que se viera en todo caso su cara de satisfacción y sus atalajes de andar a gatas por los suelos, dentro de la poca agilidad que permitían las barrigas.

Con el Ayuntamiento en el campo y bien abastecido, en el pueblo reinaba un silencio y una calma conmovedoras. ¡Qué felicidad!. Dios se lo haya premiado a todos, que son, de pie, Eduardo Flores, Crescencio Barrilero, don Mariano Martínez, Andrés Escudero, don César Moraleda, a cuya hija Teresa debemos esta fotografía, Mariano Mocho, Carlos Gómez y Cepeda.

Sentados: Basserot, Giordano Paniagua, Emiliete, José María Gómez y Lope Barco. Mas otros muchos que deberían agregarse de diferentes épocas.

Y haber quien es el guapo que habla aquí de faltas o de sobras, de castigos o de indulgencias. ¡Aquí no pasa nada nunca!. Esto que parece una puerilidad, ha sido el núcleo central de la psicología del alcazareño de todos los tiempos conocidos.

SUCEDIDO

Antiguamente iban los sastres a coser a las casas grandes y les daban de comer, de almorzar y el jornal estipulado.

Le ponían un jarro de vino para almorzar y otro para comer y se los bebía enteros y un día le dice el amo a su mujer.

—Le vas a poner agua al vino que parece que bebe mucho vino el maestro. Y así lo hizo, pero el sastre que era buen catador, exclamó:

Los tiempos están revueltos
madre de mi corazón,
y si los tiempos no cambian,
aquí no se pone el sol.

El Puente

Esta fotografía del puente del Herraero es del mismo acto y del mismo día de su bendición en el día 14 de Noviembre de 1925.

Se reproduce porque en la publicada en el libro 50, por destacar el acto, apenas si se distinguen los asistentes y a muchos ni se les ve. En la que ofrecemos hoy pueden distinguirse a casi todos los concurrentes, por ejemplo, el primero de la izquierda sentado en un guardacantón es Alvarito que no se veía en la anterior y el último de la fila, muy claro, José María el de la diaria.

Pero no es probable que ningún conocedor tenga dificultades y puede dejársele por su cuenta en el cauce del río, pues es un personal de los de bota y merienda que no ofrece dudas, está todo el Ayuntamiento y personal antiguo que son como concejales perpetuos, los verdaderos amos del cotarro y muy justamente porque defendían a todo el mundo, y ¿quién no tendría un amigo en el Ayuntamiento?

* * *

Cualquiera que no esté bien informado piensa que lo de los panetes y las meriendas son cosas de la plaza y de las bodegas, pero no, lo que pasa es que algunos emigran en corporación, se quitan de enmedio con poco ruido y se refugian en cocinas de buena lumbre o en arboledas de buena sombra, según el tiempo.

Esa es una flaqueza con la que nace aquí todo el mundo y se transmite con facilidad a cuantos llegan de otras partes y arraiga tanto que por eso se quedan muchos hasta el final de su existencia. Y tal vez no haya ningún otro motivo en que el Ayuntamiento asuma mejor la representación de la villa haciendo la semana del zapatero: los lunes San Crispín, los martes fiestas holgantes, miércoles y jueves fiestas solemnes, viernes para trabajar, sábados para descansar y el domingo de lo suyo se le da.

Y como todos somos hijos de Dios, la justicia, hace causa común con los alguaciles y, como decía Ecequiel Ortega, ¿quién quiere justicia, que me voy a arar? Y allá van Alcaldes y Escribientes.



REMEMBRANZA

Traje típico de los migueletes cuya vistosidad aún beneficia los sitios donde se instalaban sus excelentes hortalizas.

Este es un cuadro famoso pintado por Sorolla en esa hora temprana que los hortelanos de Miguel Esteban llegaban a Alcázar o al Campo de Criptana para hacer plaza con sus mercancías. No cabe una estampa más típica ni mejor ornamentada. Lástima que no hayan tenido el buen gusto de conservarla tal como la veíamos a diario en nuestra infancia. Ya se publicó hace años pero es tan bello que no hemos dudado en repetirlo en honor de Sorolla, del cuadro y de La Mancha.



¿A quién no le alegra el alma una cara juvenil?





Deposito Legal: C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MAIA, S. A.
Ferrocarill, 6
Alcázar de San Juan - 1985